EL MAESTRO CURA

Para que no aflojara en el ocio, me hicieron repasar latín con un cura, una hora al dia, en su casa, donde vivia con su madre y una tia, que eran las que siempre me abrian la puerta muy despacito, desapareciendo luego sin decir una palabra, como dos fantasmas. Era él un buen cura, rubio y fresco como una rosa, con dos ojos azules vivísimos; los cuales, podían hacer presagiar á los avisados que, más pronto ó más tarde, liegaria á colgar el alzacuello de una higuera; como así ocurrió, en efecto, pocos años después para ponerse un cuello viviente. Pero, jay de mi! El joven maestro tenia tan poea gana de enseñarme latin como yo de aprenderlo.

El recuerdo de aquella experiencia me hizo más tarde adversario resuelto de la enseñanza individual (como no sea en el caso que profesor y alumno sean dos milagros de buena voluntad), porque casi siempre á uno ó á otro le falta el estímulo; mientras que en la escuela colectiva, por el contrario, aun dejando á un lado la emulación, se avivan y aguzan las facultades intelectuales del muchacho, como las del hombre en el teatro, por efecto de la comunión que se establece entre las inteligencias, las cuales trabajan á la par iluminándose reciprocamente. Bajo el tirano Ezzelino me consumia la fatiga; con el curita me moria de fastidio. Por unos cuantos dias, los dos disimulábamos: él, el celo, y yo, la atención. Después, más que el deber, pudo el aburrimiento. Era una hipnotización reciproca... Á veces nos mirábamos uno á otro con los ojos muy abiertos y fijos, que poco á poco perdían el sentido de la realidad, como los ojos de quien cae en un desvanecimiento; luego abríamos la boca á la vez y nos echábamos en cara un bostezo descompasado, enorme, interminable, en el cual parecia que exhalábamos hasta los últimos cujus, todo el latín que teniamos en el cuerpo... y... no había mucho más en el suyo que en el mio.

Un dia tuvo una salida que hizo correr

96

entre los dos un soplo de vida, infundiendo en mí una pasión nueva, que dejó huella profunda en mi memoria. Era entonces muy activa la propaganda eclesiástica «para rescatar la infancia china abandonada». Exabrupto, el joven cura, me enteró del asunto; luego me preguntó si aceptaria el encargo de recoger entre los muchachos conocidos míos suscripciones de cinco céntimos mensuales, á fin de salvar de la muerte y de la perdición á millares de pobres niños del Celeste Imperio, que eran abandonados como trapos viejos ó vendidos como bestias; añadiendo, que yo asumiria el título que ambicionaban muchos de colector; que todos los colectores serian presentados al Obispo, y que cuatro de ellos, dos muchachos y dos muchachas, elegidas entre las más graciosas, tendrian el honor de hacer la cuestación en una función solemne, que se debia celebrar en una iglesia de la parroquia; para la cual había él compuesto los versos y la música de un himno que cantarían las mejores voces, entre las cuales podía estar la mía. Fué como acercar la brasa á un cohete. La idea de la salvación de los niños, la ambición del cargo, la patente de hermoso

y la imagen del Obispo me encendieron de pronto en un celo, no diré santo, porque iba mezclado con muchos sentimientos profanos, pero beneficioso para mí, porque me despertó el alma y la inteligencia, que se habían adormecido con el latín.

Y á propósito: ¿no sería una buena cosa, el dar á la educación intelectual, demasiado abstracta de la niñez, un sostén de alguna obra de utilidad pública que, teniendo un fin directo y efectos sensibles, estimulara otras facultades v otros afectos v enseñara con la doctrina, la vida? No me parece una idea despreciable.

Pero sigamos adelante.

El sentimiento religioso, que no se había extinguido en mi, sino que había sufrido, como todos los demás sentimientos, una compresión por la incubación escolástica, se reavivó en aquel período de aproximación á la Iglesia; reanudé las oraciones por la noche y por la mañana, fui á la bendición, volvi á gustar de las ceremonias del culto, me entraron deseos de aprender á ayudar á misa, y por esto empecé á frecuentar una iglesia inmediata á mi casa, donde estreché amistad con otros pequeños topos de sacristía, y entré en la gracia de algún cura viejo que me regalaba estampas.

Siempre que me recojo á pensar en aquellos días, veo velas que arden y lámparas que brillan, oigo las notas del órgano, me parece respirar en el aire olor de incienso, y experimento de nuevo, si así puede decirse, el sabor de un cierto estado de conciencia que no he vuelto á experimentar más, una dulzura tranquila del corazón y casi una pureza de ánimo que se desvanecen si insisto demasiado con el pensamiento: como aquellos motivos de música que suenan en nuestra fantasía, y que desaparecen en cuanto intentamos traducirlos en notas vocales. Fantaseé en aquellos días la idea de hacerme cura.

Mas, Dios mío, bien pronto surgió una nube pecaminosa en aquella serenidad seráfica. El curita de ojos azules reunió un día en su casa á todos los colectores y colectoras, una veintena aproximadamente, comprendiéndome yo, para enseñarnos el himno que se había de cantar en la iglesia; el cual recuerdo que comenzaba con este verso: Allá en la inhospitalaria China. Las colectoras eran casi todas señoritas de mi edad, algunas hermosísimas. Su presencia

me produjo una viva excitación. Cuando me encontré en medio de ellas, ya no pensé más ni en la China, ni en el Obispo, ni en la iglesia; ya no tuve ni alma ni sentido más que para ellas.

Había en la clase de latín un piano, en el cual un muchachillo de quince años, hijo de un organista, ensayaba la música del himno, en medio de la admiración de todos. Sentí celos de él y no pudiendo contenerme más, supliqué al pianista, con muy poca cortesía, que me dejara tocar á mí.

Parecerá increible tal ignorancia en aquella edad, pero es un hecho, que vo creia que para tocar el piano bastaba saber el motivo que se quería tocar, y golpear con las manes el teclado, siguiéndole al oído, como cuando se silba una canción. Con esta estúpida idea insistí tanto, que el muchacho, creyendo que yo sabía música, me cedió el puesto por un momento. Imaginad cuál fué mi estupor y mi vergüenza. Una vergüenza tal que, aun ahora, después de las no pocas primaveras que han pasado, cuando me acuerdo de pronto del hermoso papel que hice entonces, para no sentir toda la amargura que sentí en aquella ocasión, es preciso que reflexione y me

eche en cara yo mismo mi orgullo, todavia palpitante cuando deberia estar muerto y enterrado!

No fué aquella, sin embargo, la más triste figura que yo hice en aquel período «eclesiástico» de mi niñez, y voy á recordar también la peor, por el gusto de abofetear lo que me queda de vanidad. Llegó el día de la función solemne. La iglesia estaba llena de bote en bote. Á los dos colectores y á las dos colectoras que debian ir recogiendo los donativos con una bolsa elegante, se les había señalado un banco próximo al altar. Modestia aparte, eran dos guapos muchachos y dos hermosas niñas. De una de ellas no me acuerdo nada: la otra fué luego mujer de un Director del Banco Nacional, y mi colega llegó á ser un abogado célebre. Estábamos vestidos como principitos, peinados y enguantados: cuatro soles! Nos habían dicho las filas de bancos por donde debia pasar cada cual. Durante la función yo cometí el pecado de pensar demasiado intensamente en mi vecina, la futura banquera, que estaba vestida con un traje blanco, cuyas caricias sentía mi traje negro. El aviso del eura, que nos dijo: -Ahora,-me sobrecogió en aquel pensamiento. Sobrecogido, así de improviso, á una distancia tan grande de la idea de mi misión, me confundí, y apenas había pasado del primer banco, donde todos me dieron cinco céntimos, me equivoqué, y en lugar de seguir como debía, me metí entre los otros bancos, por delante de los cuales ya habia pasado una de las muchachas, y donde no recogi ni un céntimo. Aquella serie inesperada de negativas, que me pareció efecto de antipatía personal, me hizo perder la brújula; ya no vi nada; no entendi las señas que me hacían para ponerme en buen camino; fui errando de banco en banco, á ciegas, torpe y atolondrado, con una cara de idiota que en vez de estimular la caridad provocaba la risa; y después de una peregrinación interminable, que fué mortal tortura, me volví al banco de los colectores, convertido para mi en banco de berlina, con siete piezas de cinco céntimos únicamente. ¡Ah! ¡Qué cosa son las impresiones de aquella edad! Va á morir el siglo que entonces estaba á mitad de su carrera, v aún no puedo oir pronunciar la palabra colector sin que una voz sarcástica murmure en mi oído:-¡Siete piezas de cinco céntimos, señor colector! ¡Siete piezas, qué gran papel!

Pero en esos años nos reponemos fácilmente aun de las mayores caidas. La humillación que sufrí en la iglesia no quitó que fuera un dia de fiesta para mi aquel en que nuestro cura nos llevó con todo el tropel de colegas de uno y otro sexo, á hacer una visita al Obispo. Era éste un viejo todo blanco, encorvado ya, de semblante grave y dulce. Estaban con él varios sacerdotes, entre los cuales reconoci al padre que en Cuaresma predicaba en la Catedral: un hombre guapo, moreno, con el cabello largo y anteojos de oro, con aire de pozo de ciencia, cuya presencia imprevista me turbó; porque, un domingo, pronunciando desde el púlpito una invectiva terrible contra ciertos pecadores, con voz tonante y gesto amenazador, se había fijado por casualidad en mí, que estaba delante del púlpito, con una mirada relampagueante que me dió escalofrios.

El Obispo fué preguntando á cada uno su nombre. Cuando me tocó á mi, el predicador dijo no sé qué broma sobre la latinidad de mi nombre con acento y sonrisa benévola, y aquella broma, que me hizo el efecto de una absolución, disipó de mi alma todo terror. De las palabras del Obispo no recuerdo más que una frase cortés que dirigió á mi cura, sonriéndose: «Usted es la columna de la institución»; y recuerdo el gozo que brilló sobre el rostro del alabado, semejante al que sentían los granaderos de la Guardia al oir los encomios de Napoleón. Eh, pobre columna, que debia plegarse al poco tiempo como un junco bajo una manita excomulgada! ¡Qué ideas tiene la fantasia! Desde la primera vez que lei I promesi sposi, me figuré al Cardenal Federico con el rostro de aquel viejo obispo, que si fuera dibujante podria reproducir fielmente, poniendo en el punto preciso el pequeño lunar que tenía al lado de la boca, por causa del cual me hicieron rabiar mis hermanos, que decian, por tema, que era fingido.

Y DE LA ESCUELA

De qué modo todo aquel fervor religioso se ha ido apagando, no sabría decirlo. Hay en este punto en mi memoria, como en otros varios, un vacío... Parece que aquel pequeño mundo elerical desapareció de mi vida como un meteoro... Recuerdo, además, que mi oficio de colector se iba haciendo de un mes para otro cada vez más

duro, porque cada día era más difícil arrancar á los suscritores pobres la moneda prometida, y que en cierta ocasión volví á casa llorando, porque la pollera, dándome de mala gana los cinco céntimos, después de estar rebuscando en el bolsillo media hora, me preguntó con la mirada severa:

—Pero... ¿este dinero, va de veras todo él al sitio donde debe ir?

Y renuncié desde aquel día el cargo.

No fuí yo más afortunado con la China en verdad, que lo fué cuarenta años más tarde el Gobierno de mi país.



DELANTE DEL TRIBUNAL

Al inaugurarse las escuelas municipales en otoño, tuve que emprender de nuevo el tercer curso de Gramática bajo el mismo tirano; pero, al comenzar por segunda vez, con un año más y después de muchos meses de reposo, me resultó bastante menos augustioso que el año anterior. No obstante esto, me inspiraba siempre un gran terror Ezzelino. Y desgraciadamente, le ofreci una memorable ocasión de ser terrible conmigo.

La ocasión fué, no diré mi primer amor, sino mi primer «enamoramiento»; porque no creo que se pueda amar á los once años. Uno de mis nuevos condiscípulos y amigo intimo, que ahora es un alto empleado en Correos, se enamoró á su modo, que luego fué el mio, de una señorita de su edad, hija de un abogado, la cual iba y volvía